tribunal. Su afliccion fué grande por no ser llamado al martirio; pero Dios tenia sobre él otros designios. Cuando el fuego de la persecucion se aplacó, tornó nuevamente á su soledad.

El Asia presenta tambien sus mártires, inmolados por el furor de Maximino Daia. Entre los de la Fenicia vemos á Trinion, obispo de Tiro; Cenobio, sacerdote de Sidon, y Silvano, obispo de Meso, venerable anciano que contaba cuarenta años de episcopado.

En Nicomedia, Luciano de Samosate, sacerdote de la iglesia de Antioquía, célebre á la vez por su ciencia, su elocuencia y su austeridad, es conducido ante el emperador Maximino, que á la sazon se encontraba allí, le presenta una apología de la religion cristiana y es conducido á la prision. Allí resiste la prueba mas terrible, el hambre, y para hacérsela mas penosa y terrible, el tirano le hace presentar una opípara mesa, cubierta de viandas ofrecidas á los ídolos. Este espectáculo irrita el hambre que devora al mártir; pero permanece firme. Entonces el juez, desconcertado, lo atormenta de mil maneras, y espira en el tormento el 7 de Enero del año 312.

En Nicomedia perece tambien San Basiliso, obispo de Comana.

En Chalcis, en la Tracia, San Methodo, obispo de Olimpo ó de Pathara en la Licia, trasladado despues á Tiro, á consecuencia de la muerte de Trianion, célebre por las obras que dejó escritas.

En la Palestina hubo tambien otros mártires. Pedro Bálsamo, originario de Eleuterople, es presentado ante el juez Severo, que lo condena á ser crucificado, no pudiendo responder á las elocuentes palabras con que rechaza sus pérfidas sugestiones.

Las minas se hallaban atestadas de confesores, que Maximino Daia habia hecho mutilar. Un rescripto llega, y ordena que se dividan en varias tropas, de las que una parte fué enviada á la isla de Chipre, otra al monte Líbano, y para los que se habian dispersado en los diferentes cantones de la provincia, tienen órden los inspectores de las obras públicas para agobiarlos con trabajos y malos tratamientos. El intendente general juzgó á propósito elegir cuatro de entre ellos, y llevarlos, no ante el gobernador, sino ante el gefe militar. De estos cuatro, Nilo y Peleo eran obispos. Elías, el tercero, era sacerdote, y el cuarto tenia por nombre Patermuthios: los cuatro rehusaron sacrificar y fueron quemados vivos.

Entre los confesores que habian sido distribuidos en los diversos trabajos de las minas, habia varios ancianos y enfermos incapaces de trabajar. En este caso se hallaba el anciano Silvano, obispo de Gaza, á quien es preciso no confundir con San Silvano, obispo de Meso, del que hemos hablado. Estos eran todos los dias molestados y perseguidos.

Entre los egipcios condenados á las minas, se hallaba el admirable Juan, célebre por su gran virtud, y mas aún por su prodigiosa memoria. Habia perdido hacia largo tiempo la vista, y sin embargo, no habian dejado, al tiempo de enviarle á las minas, de arrancarle un ojo y mutilarle como á los demas. Este santo ciego poseia toda la Escritura santa, y la tenia de tal modo grabada en su corazon, que cuando la recitaba y se oia su voz sublime, cualquiera creia que la estaba leyendo. Hablaba como un profeta!

Todos aquellos ancianos venerables, mutilados y enfermos, pasaban sus dias y sus noches, aun en medio del rudo trabajo de las minas, en la oracion y en el ayuno. Dios les reservaba la corona del martirio, que recibieron siendo degollados todos en número de treinta y nueve, y en un mismo dia, por órden del tirano Maximino.

La medida de la tiranía y de la persecucion habia llegado á su colmo!!!

CAPITULO XVIII.

Rompimiento entre Magencio y Constantino.—Importancia de esta guerra.—Cruz luminosa en el cielo.—El Labarum.—Conversion de Constantino y su familia.—Victorias de Constantino.—Derrota y muerte de Magencio á las puertas de Roma.—Triunfo de Constantino.—Sus edictos en favor de los cristianos.—El papa Silvestre en el palacio de Letran.—Fundacion de San Juan de Letran, la primera iglesia de la cristiandad.—Arco de Constantino en Roma.—Estatua de Constantino con el Labarum en la mano.—Maximino forzado á hacer cesar la persecucion en sus Estados.—Fin de la persecucion de Diocleciano.—Entrevista de Constantino y Licinio en Milan.—Casamiento de Licinio con Constancia, hermana de aquel.

Dueño Magencio de un ejército formidable, embriagado con su poder, forma el proyecto de destruir, uno despues de otro, á los tres emperadores, que se dividian el dominio del mundo, á quienes en su orgullo llamaba sus tenientes, quiere comenzar por Constantino, con el que, aunque nunca habia estado sinceramente unido, no habia tampoco jamas estado en guerra, pareciendo reconocerse mútuamente, al menos durante cierto tiempo, por colegas.

Las estatuas de Constantino subsistian y eran reverenciadas en Roma, donde Magencio era absoluto soberano; pero la diferencia de los principios y de los caractéres de ambos era demasiado grande para que no produjese al fin una division. Magencio levanta el entandarte de la guerra; Constantino le representa la injusticia de su empresa, pero sus pasos son infructuosos; Magencio, tan hinchado de orgullo y tan lleno de ambicion como desnudo de talentos, desecha sus propuestas y rehusa sus ofertas. No declara abiertamente la guerra á Constantino; pero provoca altivamente sus armas, haciendo destruir y tratar ignominiosamente en Roma sus estatuas. Este insulto era un acto marcado de hostilidad; y Constantino se determina entonces á llevar vivamente la guerra contra este enemigo tan audaz como despreciable; hasta vió este acto con alegría, porque en él halló un motivo plausible para libertar á Roma, esclavizada por un tirano detestable.

Para facilitar el éxito de su empresa se determina á no aguardar en las Galias, sino á marchar él mismo sobre el tirano, asegurándose antes de Licinio por un tratado, de que la mano de su hermana Constancia deberia ser base y fundamento; y dejando cuerpos de tropas suficientes para la custodia de las fronteras, marcha rápidamente sobre la Italia.

Magencio por su parte se alia con Maximino; pero ni Licinio ni Maximino tomaron una parte activa ni ostensible en la lucha entre Constantino y Magencio, lucha de importancia inmensa, no por su duracion, no por los aprestos formidables ni las acciones de guerra que en ella hubo, sino por la milagrosa intervencion del cielo y porque marca la época de la conversion de Constantino, que vuelve la paz á la Iglesia y pone término á las persecuciones continuas con que habia luchado desde su cuna.

Con fuerzas muy inferiores, porque apenas contaba con cuarenta mil hombres, iba Constantino á combatir un ejército numeroso de mas de cien mil hombres, compuesto de soldados disciplinados y endurecidos en las fatigas de la guerra por el ánciano Maximiano.

Constantino conocia la enorme desproporcion de sus fuerzas, y la inquietud que le causa el éxito de su empresa atrevida, lo predispone á abandonar el culto de los ídolos impotentes y á conocer el verdadero Dios.

Hijo de un padre lleno de estimacion y afeccion por los cristianos, Constantino habia heredado sus buenos sentimientos; las crueldades ejercidas sobre ellos por Diocleciano y sus colegas, le causaban el mayor horror; habia presenciado la venganza que Dios habia tomado de Maximiano y de Galerio; y todas estas impresiones repetidas habian dispuesto su corazon en favor de los cristianos y del cristianismo, habiendo sido su primer acto en el poder, el procurar borrar los vestigios de la atroz persecucion que habian sufrido.

Conocia que no le era posible vencer sin una proteccion divina, y esta proteccion la implora como podia hacerlo un pagano que creia en la multiplicidad de los dioses; pero se dirige tambien al Dios de los cristianos, de quien su padre habia protegido los adoradores, y cuyo carácter celoso no conoce, porque Dios quiere ser honrado solo, porque el solo merece el culto de la humanidad.

Magencio empleaba los maleficios y la mágia para procurarse el socorro del infierno contra Constantino; éste se dirige al Dios que no conocia aún sino de una manera imperfecta, y le conjura y le ruega que se le manifieste y declare su protector.

Dios escucha sus oraciones, dirigidas con un corazon sincero, no solo por él, sino porque ya habian llegado los tiempos señalados por la Providencia divina para la salvacion de la Iglesia.

Cuando aun se hallaba en marcha, cuando aun no habia llegado á las fronteras de la Italia, un dia cuando el sol comenzaba á declinar, Constantino ve en el cielo, encima del astro brillante del dia, la figura de una luminosa cruz con esta inscripcion: *In hoc signo vinces*, por esta señal vencerás!

Su ejército fué testigo como él de este fenómeno milagroso, que asombra á todos los espectadores.

Constantino, aunque viviendo en medio de cristianos, aunque lleno de bondad por ellos, tenia tan poco conocimiento del cristianismo, que no comprende lo que significa esta cruz. Fué preciso que á la noche siguiente, en el sueño, Jesucristo se le apareciese, teniendo en la mano un estandarte sobre el que estaba trazada la misma cruz, y que le ordenase hacer otro semejante y llevarle en medio de las batallas como una prenda segura de la victoria.

La cruz reemplazó entonces á las imágenes de los falsos dioses sobre el Lábaro, *Labarum* ó estandarte de los emperadores.

Constantino, sustituyendo el nombre de Jesucristo á las imágenes de los dioses del paganismo, queria apartar á sus soldados de un culto impío y conducirlos sin esfuerzo á la adoracion del verdadero Dios.

Esta preciosa bandera fué confiada á cincuenta guardias de la persona del emperador, elegidos de entre los mas vigorosos, mas intrépidos y mas piadosos; estaban encargados de rodearla, defenderla y de llevarla sucesivamente á medida que el que la llevase se cansara.

Constantino hizo ejecutar otras sobre el mismo modelo, pero no con la magnificencia que la primera, para que sirviesen de insignia militar á todos los cuerpos de las tropas de su ejército, y quiso tambien que sobre las armas, sobre los escudos y sobre los cascos de sus soldados, se grabase esta misma cruz.

Desde entonces la promesa que el Señor le habia hecho se verifica; y marcha de victoria en victoria.

Constantino quiere instruirse en los misterios del cristianismo, que se le revela con tan grande prodigio, y antes de abrazar la religion santa, llama á obispos que le instruyan en los artículos fundamentales de la creencia cristiana. Discordes están los autores sobre quién fué el prelado que tuvo la gloria de iniciarle en los misterios de la religion; pero todo hace creer que fué el célebre Ossio, obispo de Córdoba, uno de los mas grandes hombres de la Iglesia entonces; y los testimonios singulares de estimacion, de consideracion y de confianza que Constantino no cesa de prodigarle durante toda su vida, inducen á creer efectivamente que respetaba en él al apóstol de su conversion!

Constantino, cristiano, hace entrar á toda su familia en la verdadera religion, y hace educar en ella á sus hijos: Eutropia su suegra, viuda de

Maximiano Hércules, Fausta, su muger y Constancia su hermana, abrazan el cristianismo; pero su mas bella conquista es Helena, la madre de Constantino, la que á la práctica exacta de los preceptos del Evangelio, reune una eminente piedad, descubre la cruz de Jesucristo, y merece ser colocada entre los santos que venera la Iglesia católica.

La victoria precede á los ejércitos de Constantino.

Susa, que es una de las llaves de la Italia y de los Alpes, aunque fuertemente defendida, se rinde en breve al poder de Constantino, é implora su clemencia. Constantino entonces, dueño del paso de Italia, se adelanta sobre Turin.

Allí le esperaba un ejército, y despues de una batalla sangrienta, lo vence, y se apodera de la ciudad. Marcha en seguida sobre Milan, en donde entra en medio de las aclamaciones de sus habitantes. Su clemencia le facilita sus conquistas: no era un enemigo victorioso á quien siguen el terror y la desolacion; las ciudades que se le someten bendicen su suerte, esperimentando los efectos de su bondad.

El tirano Magencio manda nuevos ejércitos á su encuentro, que son en breve dispersados.

En Verona, Ruricio Pompeyano intenta detener á Constantino delante de esta plaza, y hacer de ella una barrera que contuviese los progresos rápidos del vencedor. Constantino sitia á Verona, admite la batalla que le presenta Ruricio, y destruye completamente su ejército con muerte del mismo general.

Constantino usa con moderacion de la victoria, no quita la vida á ninguno de los que le quedan sometidos; pero retiene á los soldados prisioneros de guerra, y siendo escesivo su número para ser fácilmente guardados, hace fundir sus propias espadas convirtiéndolas en cadenas, y las armas que no habian podido servir para su defensa, sirvieron para asegurar su cautividad.

Aquilea, Módena, siguen el ejemplo de Verona, y todo el pais hasta Roma abre sus puertas á Constantino; pero Roma no era una fácil conquista si Magencio se hubiese obstinado en defenderse encerrándose en ella

Allí Magencio, abrigado de sus murallas, hubiera sido invencible.

Un espíritu de vértigo le hizo salir, envanecido con la promesa de los arúspices y los libros de las Sibilas, á quienes habia consultado, los que predecian que en el combate que iba á darse perceceria el enemigo de Roma; respuesta equívoca que interpreta á su favor, no dudando que el que venia á atacar á Roma con un ejército debia ser mirado como su enemigo. Escitado tambien por los gritos del pueblo, que en los juegos circenses le habia reprendido su cobardía, sale de la ciudad á la cabeza de su ejército, y viene á acamparse á lo largo del Tiber, entre el puente Mulvio y las rocas encarnadas.

Allí prepara él mismo el instrumento de su perdicion; arroja sobre el rio un puente compuesto de dos partes, que no estaban unidas sino por unas clavijas de hierro que era fácil separar, y mediante lo cual el puente se dividia en dos pedazos, dejando vacío el medio de la corriente. Su plan era atraer á él á Constantino, dividir el puente en la ocasion crítica y anegar en las ondas del rio á su enemigo.

Para Constantino el combatir era la victoria. Así, se precipita con furor sobre su enemigo; pero Magencio se habia preparado muy mal; se habia reservado tan poco terreno, que las últimas filas de sus soldados tocaban al Tiber, y por poco que tuviesen que retroceder, perecian infaliblemente arrojados y precipitados en el rio.

Constantino en esta célebre jornada, llenó como de ordinario su deber de soldado y de general. Dispuso ventajosamente su ejército, combatió valerosamente con su persona, y fué secundado por sus tropas, siempre victoriosas.

Las de Magencio eran numerosas y valientes; pero les faltaba un gefe; no encontraban en el que los mandaba ni habilidad, ni valor, ni presencia de espíritu y recursos; no podian, por consiguiente, disputar largo tiempo la victoria. Al primer choque rómpense las filas: los mas valientes mueren en el rio, que los coge desprevenidos, y de los que de propia intencion se arrojan á él, la mayor parte perecen tambien. Magencio mismo entra en el puente; pero sea por la multitud de los que por él pasan, ó sea por lo que quiera, el puente zozobra, se rompe, y todos los que se hallaban en él desaparecen bajo las ondas del Tiber; pocos escaparon á nado; Magencio se anegó.

Era el 28 de Octubre del año 312, el mismo dia en que hacia seis años que Magencio se habia apoderado de Roma y vestídose la púrpura imperial!

Otro de los perseguidores del cristianismo acababa de ser herido por la mano de Dios; y esa poderosa mano, que nada es bastante á detener, iba á buscar incansable los restantes!!.....

Los romanos recibieron á Constantino como á un libertador, y su clemencia realzó su triunfo. El terror del nombre de Magencio era tan grande, que al pronto no habian querido los romanos creer la noticia de su muerte, temiendo su venganza; pero el cuerpo del tirano fué encontrado en la orilla del Tiber, y reconocido se le cortó la cabeza, que Constantino en su triunfo hizo llevar en la punta de una lanza, como una prenda de la libertad de los romanos. Este objeto, horroroso en sí mismo, era para el pueblo un signo de victoria y un motivo de trasporte de alegría; y no contemplaba con menos avidez aquella cabeza pálida y sangrienta, que el rostro apacible del vencedor.

Ninguno de los triunfos de la antigüedad fué comparable con el de Constantino.

Delante de su carro no marchaban generales enemigos cargados de cadenas; pero toda la nobleza romana se veia libre de las que habia hasta entonces llevado; no se aherrojaron bárbaros en las prisiones, pero salieron de ellas los varones consulares; no eran esclavos estrangeros los que decoraban esta festividad, sino Roma entera que se habia puesto en libertad; nada habia adquirido sobre sus enemigos, pero se habia recobrado á sí misma, y si no se habia enriquecido con ningun nuevo botin, habia dejado de ser presa de un tirano, y en cambio de la esclavitud que sufria habia recobrado los derechos del imperio! Los monstruos mas terribles del género humano se hallaban encadenados, la impiedad domada, la perfidia vencida y la audacia reducida á la impotencia; la tira-

nía, la crueldad, el furor y la lícencia, cuyos escesos tanto habia sufrido, habian desaparecido de Roma.

Uno de los rasgos mas detestables de la tiranía de Magencio habia sido una lujuria desenfrenada, que no respetaba ninguna ley, y que no tenia el menor escrúpulo en emplear la violencia cuando la seduccion no bastaba: Constantino, siempre puro, siempre casto, no conocia mas que los placeres permitidos; bajo su imperio ninguna muger tuvo que arrepentirse de las gracias con que la naturaleza la habia adornado; la belleza no era para él un atractivo de licencia, sino un ornamento del pudor!

Una amnistía general concedida por Constantino asegura la paz. Leyes severas castigaban á los delatores que habian juzgado el momento favorable para mostrarse nuevamente, denunciando á los partidarios de Magencio. El emperador llamó á los desterrados; hizo abrir las prisiones, prometió al senado devolverle su antiguo esplendor, y por reconocimiento este cuerpo le proclamó el primero de los Augustos, título que en vano reclamaba Maximino alegando su antigüedad.

El papa San Silvestre, que habia visto las terribles vicisitudes de las guerras civiles, que sabia que los cristianos acusados incesantemente de las calamidades públicas eran de ordinario las víctimas expiatorias, se hallaba retirado sobre el monte Oreste, *Soracte* de los antiguos, habia sido seguido por algunos sacerdotes de su iglesia, y vivia con ellos en las cavernas de esta montaña.

Al ver hombres armados que subian las sendas escarpadas, y que parecian buscar á alguno en aquellas soledades, creyó que era llegada para él la hora de recibir el martirio. Desde Sixto II, los papas, sucesores de éste, en número de ocho, habian escapado al martirio, hasta allí considerado como el término de la carrera apostólica de los sucesores de Pedro; pero su existencia no habia sido menos amenazada hasta el último momento, todos al subir sobre la silla pontifical aguardaban ser precipitados de la misma con la palma del martirio en la mano; y con justa razon, Silvestre, viendo á los soldados adelantarse hácia él, dirigiéndose á su clero le dijo: "He aquí el tiempo favorable, he aquí llegado el dia de la salvacion."

Aquella tropa de soldados lo condujo á Roma á presencia del emperador Constantino, que lo colmó de honores, y poco despues el refugiado del monte Soracte fué á habitar el palacio imperial de Letran, llamado así por estar levantado sobre el lugar que ocupaba la casa de Plancio Lateranus, que pereció en el imperio de Neron.

En el palacio de Letran residieron los papas por espacio de mil treinta y seis años, desde que Constantino se los cedió en 312. A su lado construyó Constantino la magnífica basílica que se llama indistintamente de Constantino ó San Juan de Letran. Esta suntuosa y magnífica basílica ha atravesado tantos siglos, ha visto pasar millones de generaciones, que se han dispersado como el ligero polvo que levanta el aire; ha contenido en su sagrado centro cuatro concilios generales, sirviendo de sepulcro á la mayor parte de los venerables obispos que los compusieron. Sobre la puerta de esta iglesia-palacio, se eleva el balcon desde donde el papa da desde el tiempo de San Silvestre su solemne bendicion *Urbi et Orbi*, dos palabras que reasumen el poder inmenso de la fe y de la caridad cristiana! La iglesia de San Juan de Letran es la catedral de Roma, y en ella fijó el papa su silla como obispo de Roma; es la iglesia primera de los cristianos, y así se lee sobre su fachada y sobre sus puertas.—*Basilica Lateranenssi, mater et caput omnium ecclesiarum:—La basílica de Letran, madre y cabeza de todas las iglesias!*

Nosotros, en las dos distintas épocas que hemos estado en la ciudad eterna, en 1842 y 1848, errantes sobre aquella tierra estrangera, desconocidos viageros, al entrar en aquel suntuoso templo, nos encontrábamos en nuestra cuna, sobre el seno de nuestra madre!!!

Tantas virtudes, reemplazando á tantos vicios, no podian menos de atraer la atencion y la admiracion sobre Constantino, como igualmente el respeto y amor de los pueblos. Así es que corrian de todas las partes de la Italia para ver con sus propios ojos el vencedor y el libertador del imperio, en quien las cualidades del corazon se hallaban realzadas por las ventajas personales, en quien unas maneras populares brillaban al lado de la dignidad imperial, y un vigor varonil sin dureza en medio del brillo de su juventud.

El Africa, que Magencio habia reconquistado y reunido á sus dominios el año anterior, se sometió gozosa á las leyes de Constantino; y en Roma y en todas partes, para eternizar su memoria, le prodigaron estatuas, escudos, coronas de oro y plata, y edificios consagrados á su nombre y á su gloria, aunque fueron edificados por Magencio. La ciudad de Cirtha en Africa, tomó el nombre de Constantina; empero el monumento mas hermoso y duradero de su victoria, el que ha llegado casi intacto á nuestro siglo, es el arco de triunfo que el senado y pueblo romano le decretaron, el mas hermoso arco del mundo.—Para levantar este monumento al libertador de la ciudad, al fundador de la paz, como dice la inscripcion que ofrece el frontispicio LIBERATORI ORBIS, FUNDATORI QUIETIS, se destruyó otro arco triunfal levando siglos antes á un gran perseguidor de los cristianos. Se destruyó y mutiló el arco de Trajano, destrozando muchas de sus partes para adaptarlas á la nueva consagracion á que se las destinaba.

Nosotros hemos pasado diversas veces por debajo de este arco suntuoso, alzado entre el *Palatino* y el *Coloseo*, y hemos podido observar que á pesar de la inscripcion que anuncia su dedicacion á Constantino, vencedor de Magencio, sus grandes bajos relieves y sus medallas de una esquisita y bella ejecucion, representan acciones de guerra y las cacerías del emperador Trajano, y al lado de estas obras maestras del arte, otros bajos relieves, otros medallones consagrados á las victorias de Constantino, señalan la decadencia de las artes y del imperio romano.

Así, este arco de triunfo presenta la lucha de dos siglos y de dos Césares, de los que el uno, si bien sostiene la grandeza del imperio, se baña feroz en la sangre de los cristianos y retarda la civilizacion que llevaba el Evangelio, y el otro torna al imperio, fatigado con los crímenes de los tiranos, el reposo, y protege la religion de Cristo, que asegura al mundo la libertad y la civilizacion, que amenazaba la irrupcion de los bárbaros, y que sin ella hubiera perecido en la edad media.

Lo esencial de la gloria de un príncipe cristiano, debia referirse á Je-

sucristo, á quien era deudor de tantos triunfos. Constantino cumple fielmente esta obligacion; no se envanece ni con los elogios que recibe, ni con los honores que por todas partes le tributan. Quiso que una estatua se le levantase en el lugar mas populoso de la ciudad, teniendo en su mano derecha una cruz con la inscripcion siguiente, que fuera un recuerdo eterno para los romanos: "Por este signo saludable, trofeo del verdadero valor, he libertado vuestra ciudad del yugo del tirano, y he restablecido el senado y el pueblo romano á su antiguo esplendor."

Aunque cristiano de corazon el vencedor de Magencio, juzgó que era necesario usar con el partido pagano de alguna consideracion; pero apenas habia entrado en Roma trató de sacar á los cristianos, sus hermanos, de la opresion en que yacian por espacio de diez años. Ya desde el principio de su reinado les habia concedido la libertad de conciencia, en posesion del mismo derecho encontró á los que habia conquistado sobre Magencio, y que Licinio, actualmente su aliado y su amigo, no podia dejar de proteger por su eficaz recomendacion. Quedaba Maximino, que habiendo interrumpido la persecucion contra ellos á consecuencia de los edictos de Galerio, hemos visto que despues la volvió á renovar con el mayor furor.

Constantino le miraba como su enemigo oculto; pero creyó que tendria que conformarse al voto de sus colegas; y con este objeto dió en Roma, en su nombre y en el de Licinio, un edicto por el cual, ampliando los favores precedentes, permitia á los cristianos tener públicamente sus asambleas y edificar iglesias. Envió su edicto á Maximino, que lo recibió con furor, porque aborrecia á los cristianos, y porque se veia forzado por sus colegas, á quienes consideraba mas bien como sus generales, á obrar de una manera contraria á las inclinaciones de su corazon. No conceder nada á Constantino hubiera sido declararle la guerra; tomó un partido medio; y en un rescripto dirigido á Sabino, su prefecto del pretorio, despues de haber recordado las disposiciones de Diocleciano y de Galerio, á quienes calificó de sus señores y padres, manifestando desde luego querer seguir su ejemplo en mantener el culto de los dioses del imperio, declara que siendo muchos los cristianos que habia, y que si se destruyesen se privaria al Estado de una porcion de súbditos fieles, prohibia que se les hiciese sufrir ningun maltratamiento, manifestando ademas su intencion de que se les atrajese por dulzura al buen camino.

Tal fué el alivio que la piedad de Constantino procuró á los cristianos del Asia y del Oriente. Cesóse allí de hacerles la guerra; pero no se les dió la entera libertad de ejercer su culto religioso; y aun no se vieron exentos del peligro de una muerte violenta. Maximino no desperdiciaba ocasion de hacer arrojar secretamente algun cristiano al mar; pero las ejecuciones públicas cesaron, y las leyes eran formales prohibiendo toda violencia contra los cristianos.

Eusebio cuenta este año de 312 de Jesucristo, por el décimo de la persecucion ordenada por Diocleciano, y por la época final de la paz dada á la Iglesia; pero otros autores alejan este término hasta el tiempo de la ruina de Maximino y de Licinio, sobre suya cabeza se hallaba levantada la espada vengadora de Dios!

Constantino, despues de haber permanecido cerca de dos meses en

Roma, á primeros de Enero del año 313 marcha á Milan, en donde celebra el matrimonio de su hermana Constancia con Licinio; y estos dos emperadores, que hasta entonces habian vivido en buena inteligencia, estrechan mas íntimamente su union por una alianza doméstica y personal.

Cuando aun se hallaban juntos en Milan, dieron un nuevo edicto en favor de los cristianos, para esplicar y estender aquel que habian dado en Roma. Añadieron á él un importantísimo artículo, por el que les permitian entrar en pleno derecho, y sin pagar nada, en posesion de sus iglesias y de sus cementerios, de que habian sido despojados; y como estos lugares habian sido vendidos ó donados por los emperadores, y se hallaban en manos de los particulares, el edicto encargaba al fisco el indemnizar á los propietarios que viniesen á perder estas propiedades.

En este edicto, sin embargo, se encuentran espresiones poco católicas, pero conformes á las dudas de los paganos sobre la naturaleza divina; efecto sin duda de que Constantino se hallaba aún poco instruido en las verdades del cristianismo, ó de que llevaba mas adelante de lo justo su condescendencia por su colega, que jamas fué cristiano, y por los súbditos apegados á los antiguos errores.

Constantino no se detiene largo tiempo en Milan. A principios de la primavera del mismo año marcha á las Galias, amenazadas por los francos, y consigue sobre ellos un completo triunfo. Para escarmentarlos, Constantino despliega el mas terrible rigor.

CAPITULO XIX.

La justicia de Dios sobre los perseguidores de la Iglesia.—Muerte dolorosa de Diocleciano á consecuencia de sus pesares.—Maximino ataca á Licinio.—Es vencido y muere horriblemente.—Licinio estermina su familia.—Muerte de Prisca y Valeria, esposa é hija de Diocleciano.—Constantino y Licinio se dividen el imperio.—Licinio comienza una persecucion contra los cristianos; primero artificiosa, despues claramente.—Mártires en el Ponto y en el Egipto.—Mártires de Sebaste.—Guerra entre Constantino y Licinio.—Victorias de Constantino.—Constantino entra en Nicomedia donde habia comenzado la persecucion de la Iglesia, y es reconocido por único emperador.—Muerte de Licinio.—Traslacion de la corte á Constantinopla.—Donacion de Roma al papa.—Triunfo completo del cristianismo.

Habia llegado el momento de la paz de la Iglesia de Jesucristo.

Maximiano, Galerio, Magencio, habian ya esperimentado la justicia de Dios.

Gran justicia de Dios!..... Dejemos pasar la justicia de Dios, que va á herir los perseguidores de su Iglesia que han escapado aún de su poderoso brazo. Diocleciano, Maximino y Licinio!

Mientras Constantino triunfaba de los tiranos y de los bárbaros, Diocleciano sufria el castigo de la justicia divina por su odio al cristianismo en su retiro de Salone, en donde en vano han intentado algunos escritores pintárnoslo tranquilo como un filósofo.

Discleciano habia visto el advenimiento al trono imperial de Constantino, enviado por Dios á la Iglesia para enjugar sus lágrimas y sanar sus heridas. Su desesperacion fué horrible al saber que sus estatuas habian sido derribadas con las de Maximiano Hércules, á las que siempre habian estado unidas, habiendo sido el único emperador que sobreviviendo á sí mismo habia presenciado el juicio de la posteridad, y habia visto caer sobre su memoria tantas humillaciones, como lisonjas y adulaciones acumuló sobre su cabeza durante el tiempo de su omnímodo poder.

Su corazon se vió herido en las mas íntimas afecciones.

La suerte desgraciada de su muger Prisca y de su hija Valeria, le llenaron del mas vivo dolor; Prisca y Valeria, que años antes habian sido débiles y habian á su insinuacion abjurado la fe de los cristianos, llenando de luto y de dolor á la Iglesia con su apostasía, la justicia del Eterno debia tambien alcanzarlas. Habian gozado los honores debidos á su alto rango durante la vida de Galerio, á quien Valeria habia dado la mano de esposa, y á cuya corte habia pasado Prisca para acompañar á su hija.

Allí Valeria, mas esclava que esposa de Galerio, vive encerrada en el fondo de su palacio, y no tiene mas que una libertad, la de derramar lágrimas; su matrimonio, maldecido por Dios, es estéril.

Galerio, al morir, recomienda su muger á Licinio, en quien tenia una grande confianza, de quien debia esperarlo todo, porque él era el bienhechor que le habia sacado de la nada y elevádolo al poder; pero Licinio era un hombre perverso, y en lugar de respetar la viuda de aquel á quien todo lo debia, fundando sobre ella proyectos ambiciosos, intenta obligarla á que sea su esposa.

Valeria rehusa su mano, y creyendo encontrar mas seguridad cerca de Maximino, que era casado, se marcha á los Estados de este príncipe con su madre; pero se engañaba en sus esperanzas.

Maximino, cuyas pasiones no conocen freno, y que se proponia tal vez hacer valer los derechos de la hija de Diocleciano sobre todo el imperio, apenas la ve en su corte solicita unirse con ella por el matrimonio, ofreciéndola repudiar á su muger. Valeria, princesa virtuosa, y que de su antigua adhesion al cristianismo habia conservado la severidad de costumbres, rechaza la propuesta de Maximino, y responde con firmeza que no podia oir sus palabras de amor cuando aun llevaba el duelo por su esposo, padre adoptivo de Maximino, que pretendia reemplazarle en el lecho nupcial. Maximino la ofrece repudiar su esposa, y la dureza de este sentimiento anuncia á Valeria una desgracia semejante si hubiese condescendido en su pretension; Valeria cree ademas que una princesa de su rango no debia nunca pasar á segundas nupcias.

Irritase Maximino con la negativa de Valeria, y se venga como un tirano; la despojó de sus bienes, la quitó las damas que la acompañaban, hizo condenar al último suplicio, bajo un pretesto falso de adulterio, á las que poseian todo su afecto y confianza; entregó á los mas crueles tormentos á los eunucos que la servian, y la relegó con su madre á un destierro, cambiando continuamente para mas molestarlas, el sitio á que las destinaba.

Valeria, desde el fondo de los desiertos de la Siria instruyó á su padre de lo que sufria.

Grande fué el dolor de Diocleciano; pide, insta, por cartas y por diputados, á que le envien su hija, y nada pudo obtener; tuvo el dolor de

verse en la impotencia, el que habia mandado todo el mundo, de sacar de la miseria y del cautiverio á lo que le era mas caro, á lo que mas interesaba su corazon.

A este pesar se reune otro que acaba de abatirle.

Constantino y Licinio le invitan á venir á Milan para que presencie el matrimonio de Constancia, y se escusa con su vejez y sus enfermedades. Los dos emperadores le amenazan entonces, le acusan de haber favorecido á Magencio y de ser actualmente amigo de Maximino.

El orgullo de Diocleciano sufre al verse á merced de Constantino, el favorecedor de los cristianos; pero el mayor de todos sus dolores era el ver que sus mismas crueldades habian acelerado el triunfo de la santa religion de Cristo.

Entonces cayó en un delirio, cuyo término no llegó sino con su hora postrera. En el silencio de la noche, voces acusadoras lo llamaban en su lecho; levantábase furioso, desgreñado, pálido, descarnado, la frente arrugada por la vejez y el terror..... Creíase aún Cayo Valerio, emperador siempre augusto, llamaba á sus guardias, vestíase con los ornamentos imperiales; pero recobraba intervalos de juicio para reconocer en sí al viejo Diocleciano.....

Diocleciano, caido, abandonado y visitado solamente en su miseria por los manes de los gloriosos mártires que habia entregado á los verdugos!!

Otras veces el culpable anciano creia ver á Jesucristo sentado en su trono, próximo á juzgarlo: entonces se arrancaba los vestidos de púrpura que le cubrian, los pisoteaba juntamente con las insignias de su poderío eclipsado para siempre, y como si le estuvieran dando tormento esclamaba con desesperacion: "No soy yo quien lo ha hecho, sino los otros." Y una voz le respondia: "Los otros no eran mas que tus esclavos, no fueron sus brazos los que hirieron, sino tu palabra cruel..... Los reyes son responsables del llanto que viles carceleros hacen correr en los calabozos confiados á su custodia, como son responsables de la sangre que corre bajo el hacha de los verdugos....."

Por mucho tiempo anheló vanamente Diocleciano la muerte, y para alcanzarla, tomó veneno, que le despedazó las entrañas sin realizar su fúnebre esperanza.

Su delirio llegó á tomar el carácter de la locura: los ojos se le saltaron de la cabeza á fuerza de golpeársela contra las paredes..... En fin, Dios tuvo compasion de él; Diocleciano, triste ejemplo del castigo anticipado que á veces le place al Eterno enviar á los tiranos y á los perseguidores en este mundo, sucumbió en medio de uno de aquellos violentos ataques!.....

Murió lleno de remordimientos y perseguido por el recuerdo de las inauditas crueldades que habia mandado cometer.

Murió en su retiro de Salone, el noveno año de su abdicacion, á la edad de sesenta y ocho años, en el 313 de Jesucristo.

Licinio y Maximino, que le habian ofendido en vida, y á quienes no costaba nada honrarle despues de su muerte, le colocaron en el rango de los dioses, prerogativa única, dice Eutropio, concedida á un hombre muerto en la condicion privada.

En esta apoteosis no tomó parte Constantino, que aun cuando no se hallaba aún bautizado, profesaba el cristianismo.

Este es tal vez el último paso que Licinio y Maximino dieron de concierto: á poco la guerra estalló entre los dos; y ocasionó una gran mudanza en el imperio.

313 al 324.—En tanto que Licinio se hallaba en Milan para celebrar su matrimonio, y mientras que Constantino marcha desde allí á someter á los francos, Maximino reune en la Bitinia un ejército de setenta mil hombres, se pone á la cabeza de ellos; pasa el estrecho sin obstáculo alguno, se apodera de Bizancio despues de un sitio de once dias, rinde á Heraclea, y marcha delante de Licinio, cuando éste se presenta á su encuentro para defender sus Estados.

Advertido este príncipe del peligro, abandona precipitadamente la Italia y marcha á Andrinópolis con unas pocas de sus tropas, desde allí reune las mas inmediatas, y se presenta con fuerzas desiguales para combatir á su enemigo.

Marcha contra él, y en las llanuras entre Andrinópolis y Heraclea, á pesar de la desigualdad de sus fuerzas, consigue una victoria decisiva; la mayor parte del ejército de Maximino perece, el resto le abandona, y aquel desgraciado príncipe, reducido á disfrazarse de esclavo para ocultar su huida, no se cree en seguridad sino poniendo el mar entre él y su vencedor, y se retira á Nicomedia.

Permanece allí poco tiempo, y continuando su marcha hácia el Oriente, en Capadocia reune algunas tropas, con las que se cree en estado de tentar de nuevo la fortuna.

Licinio pasa á Bitinia, y no persigue vivamente el fugitivo porque no podia escapársele: aun se hallaba en Nicomedia el 13 de Junio, dia en que hizo fijar el edicto que habia dado con Constantino en Milan para afianzar la libertad de los cristianos.

Diez años y cuatro meses hacia que Diocleciano habia hecho fijar en aquella misma ciudad el primer edicto de la terrible persecucion que habia pesado sobre el cristianismo!!

La paz de la Iglesia fué entonces general, absoluta.

Maximino mismo, reconociendo que los sacerdotes de sus falsos ídolos lo habian engañado, descargó sobre ellos su cólera y asesinó á los que se hallaban mas inmediatos á su persona. En seguida hizo justicia á los cristianos, y publicó un edicto que les era muy favorable; pero su tardío arrepentimiento era tan falso como el de Galerio, la justicia divina le reservaba igual suerte que á aquel infame tirano.

No pudo desarmar la justicia de un Dios justamente irritado.

A la aproximacion de Licinio, que se pone en movimiento para acabar la ruina de su rival, Maximino se retira á Tarso, en la Cilicia, dejando sus mejores tropas para guardar las gargantas del monte Tauro, sin que él tuviese valor para ponerse á la cabeza de estas tropas, su último recurso, su estrema esperanza.

Licinio, vencedor, las arrolla, y al saber Maximino su derrota no encuentra mas recurso que la muerte.

Llénase de vino y de comida para despedirse de los placeres, y toma un activo veneno; pero los alimentos de que habia cargado el estómago im-

piden que la operacion del veneno sea pronta, y no surte su efecto, ni le acelera la muerte, sino despues de los mas acerbos y crueles dolores: un fuego abrasador devora por muchos dias sus entrañas, y obra con tal fuerza, que lo seca, lo calcina, y lo convierte en un verdadero esqueleto. A fin de que su castigo fuese mas marcado y tuviese mas relacion con los crímenes que habia cometido, sus ojos se le saltaron de las órbitas, se quedó ciego, y creia ver á Jesucristo que se preparaba á juzgarle; en medio de sus dolores y del cruel delirio que le agita, pide perdon, y espira en los mayores tormentos del cuerpo y del alma, en el mes de Agosto del año de Jesucristo 313.

Licinio persigue desapiadamente y estermina los ministros y los partidarios de Maximino; entrega al verdugo su muger, cómplice de su odio y crueldad contra los cristianos; á sus hijos, á todos los miembros, finalmente, de su familia.

Licinio lleva mas adelante su furor, no respeta á la familia misma de su bienhechor Galerio.

Dos mugeres, cubiertas de miserables harapos, y que comen el pan de la compasion, acababan de llegar á Tesalónica. Una de aquellas mugeres era jóven todavía, la otra estaba próxima á sucumbir bajo el peso de los años; pero en los semblantes de ambas, ajados por los padecimientos, se trasluce cierto aire de grandeza y de magestad. ¡Oh vicisitudes de las cosas de la tierra! ¡Oh terribles decretos de la Providencia! Aquellas dos mugeres que han llegado al último grado de la miseria han rodeado sus sienes con la corona imperial: aquellas dos mugeres son Prisca y Valeria, la viuda de Diocleciano y la viuda de Galerio. Los soldados de Licinio las reconocen, y las llevan por fuerza al palacio á la presencia del tirano, que las persigue hace quince meses.

—Valeria! exclama con bárbaro acento y con una sonrisa infernal. Ya te tengo en mi poder, viuda de Galerio! Ya vais á pagarme tu madre y tú todo el odio que os profeso á ambas y á toda vuestra familia. Valeria, hace tres años negaste tu mano á Licinio; hoy Licinio te entrega al verdugo: mueran esas dos mugeres! dijo: y madre é hija son conducidas al suplicio.

Luego que llegaron á la plaza de Tesalónica, en medio del pueblo enternecido en vista de su desgracia, al considerar de cuánta altura habian caido:

—Madre mia, dijo Valeria, el cielo me ilumina; el Dios de los cristianos es quien nos hiere y nos castiga. Nuestro crímen fué sin ejemplo; pero acaso nuestras desventuras lo moverán á la clemencia. Madre mia, en esta hora suprema, en esta hora de muerte, elevemos nuestra alma á aquel Cristo, á quien implorábamos antiguamente en las catacumbas! ofrezcámosle nuestra sangre que va á correr, y confesemos muriendo la justicia de nuestra muerte! tal vez lo conmoverá nuestro arrepentimiento, tal vez los desastres que hemos padecido en este mundo, nos grangearán la felicidad eterna en el otro.

—Hija mia! hija mia! responde la emperatriz. Ah! Dios, ese Dios, á quien tanto hemos ultrajado, es testigo de que voy á morir sin quejarme. ¿No muero contigo, hija mia? Sí, sí, tienes razon; imploremos á Cristo, pidámosle que sea misericordioso con nosotras! Pidámosle sobre todo que no nos separe en la eternidad! .....

Pusiéronse de rodillas delante de los verdugos, á quienes este espectáculo quitaba todo su furor.

El anatema habia cesado; el Eterno permitió que pudiesen acabar sus oraciones..... Luego que hubieron terminado, se echaron en los brazos una de otra, y una celestial alegría iluminó sus rostros.....

Luego les cortaron las cabezas y sus cuerpos fueron arrojados al mar.

Así el ingrato y cruel Licinio se encargó de libertar á Constantino de todos aquellos cuyas pretensiones al imperio pudieran haberle embarazado.

Entonces el imperio del mundo quedó repartido entre los dos emperadores, Constantino y Licinio.

Hasta entonces habian permanecido muy unidos; pero la oposicion de los caractéres y de los intereses los divide muy pronto. Constantino pidió á Licinio una particion igual de los Estados, y esta pretension fué el origen de la guerra.

Licinio no tenia mas que un solo pensamiento, el de abatir á Constantino. Para ello escita á la revolucion á Basiano, cuñado de Constantino; nombra un César llamado Valente, elegido de entre los oficiales de su ejército; y se hace el agresor en una guerra, cuyo resultado es ponerle despues de dos batallas perdidas, á merced de su vencedor, que á escepcion de la Tracia, le despoja de todas sus provincias de Europa, y le fuerza á confinarse en las del Oriente.

Constantino dió la ley; Valente fué depuesto y muerto por órden de Licinio, é hízose un tratado de que resulta una paz de ocho años.

Pero el año 321 esta paz se altera; porque Licinio, que habia sido casi testigo ocular de las maravillas obradas por el Dios de los cristianos, que habia parecido animado del mismo celo que Constantino en favorecerlos, muestra que en el fondo de su corazon no es mas que un pagano endurecido, y que no aguardaba sino la ocasion de manifestar el odio que reservaba á los que habian protegido sus hipócritas edictos.

Dueño entonces pacífico del Oriente, se declara abiertamente el perseguidor de los cristianos, mostrando en esto cuán poco le importaba conservar la amistad de Constantino, tan celoso por la religion de Jesucristo, y tan afecto á los que la profesaban.

Esta consideracion misma inspiraba sospechas á Licinio contra los cristianos; creia que cuantos habia en sus Estados eran adictos á Constantino, que deseaban tenerlo por dueño y soberano; no podia, sin embargo, acusarlos de sedicion ni rebelion; ningun cristiano refiere la historia que haya conspirado contra él mismo, ó que le haya negado la obediencia en las cosas temporales; pero él se persuadia de que le aborrecian en su alma, y en consecuencia los aborrecia él mismo, y desde luego les hubiera declarado una guerra abierta, si no hubiera sido detenido por el temor á Constantino.

Arrojó de su palacio á todos los que profesaban la religion de Josucristo; balanceándose entre dos sentimientos que se combatian mútuamente, toma un partido medio, y no osando infringir él mismo la ley que habia dado con su colega, concediendo á los cristianos el libre ejer-

cicio de su religion, resuelve, sin ordenar una persecucion, molestarlos, fatigarlos, aburrirlos, y causar los mismos efectos que con una persecucion brutal.

Antiguos oficiales de su palacio, no solamente fueron arrojados de sus puestos con ignominia, sino despojados de sus bienes, que fueron confiscados, y sus personas entregadas como esclavas á amos particulares, bajo cuyo dominio sufrian toda la indignidad de la esclavitud.

Prohibió á los obispos todo comercio entre sí; les prohibió visitarse los unos á los otros, y sobre todo, tener asambleas y concilios para deliberar sobre los negocios comunes de las iglesias.

Para autorizar las calumnias infames que se propalaban contra los cristianos, este emperador, entregado á la licencia mas desenfrenada, manchado con infinidad de adulterios, afecta un celo rígido por la pureza de las costumbres, y emprende reformar lo que no tenia necesidad de ninguna reforma.

Por una segunda ley prohibe que las mugeres cristianas se junten en las mismas iglesias que los hombres, y que vayan á las mismas instrucciones; queria que los obispos, en lugar de esplicarlas por sí mismos los dogmas y misterios de la santa religion, enviaran mugeres para catequizar á las mugeres. Este reglamento, verdaderamente impracticable, tendia á privar de los conocimientos mas necesarios á la mitad mas preciosa del género humano.

Un tercer edicto ordena, que para la comodidad pública, las asambleas de los cristianos se tengan no dentro de las ciudades y en lugares cerrados, sino en el campo al aire libre.

La falta de cumplimiento á estos decretos, ofrece á Licinio un vasto campo para quitarse la máscara, y mostrar todo su rigor contra la religion.

Comienza por los que formaban la milicia de las ciudades, á los que manda sacrificar á los ídolos, ó ser espulsados de ellas.

Ataca en seguida á los obispos, no abiertamente, sino por medio de los gobernadores de las provincias, y fulminando contra ellos acusaciones atroces y calumniosas, los maltrata, los aprisiona, y los condena á muerte. No se contentaba con los suplicios ordinarios; hacian pedazos sus cuerpos, y los arrojaban al mar para alimento de los peces.

Despues de la muerte del pastor, dispersábanse, como dice el Evangelio, las ovejas; y los bosques, las cuevas, las soledades volvieron á ser como en los tiempos de la persecucion de Diocleciano, el asilo de los santos.

En el Ponto principalmente, es en donde se ciega con mas furor su crueldad, y donde al mismo tiempo que corria la sangre de los obispos, se cerraban y demolian las iglesias.

Este fué el tiempo en que ocurrió la victoria gloriosa de los cuarenta mártires de Sebaste en Armenia (1).

---

(1) Los nombres de estos admirables mártires eran: Quiron, Cándido, Domno, Meliton, Doniciano, Eunoico, Sisinio, Eraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valeriano, Eliano, Ecditio, Acacio, Viviano, Juliano, Ruviano, Elas, Theogulo, Cirilo, Flaviano, Severiano, Valerio, Chudion, Sacerdon, Prisco, Eutiquio, Humerando, Anaragdo, Philoctemon, Accio, Nicolao, Lisimaco, Teófilo, Janteas, Agias, Leoncio, Esichio, Cayo y Gorgonio.

Estos cuarenta mártires, nacidos en los diversos contornos del Oriente, sirvieron todos en los ejércitos imperiales, todos se hallaban en la flor de la edad, todos eran de un valor esperimentado, todos se habian distinguido en los campos de batalla, y eran conocidos y estimados de los emperadores, cuyas gracias habian recibido en la distribucion de los honores y grados legionarios.

Apenas Licinio publica el edicto por el que prohibe que los adoradores de Cristo pertenezcan al ejército imperial, y encarga de su ejecucion al prefecto Agricolao, todos ellos unos despues de otros, se presentan al instante delante de su tribunal, no teniendo mas que una sola palabra en sus labios: "Soy cristiano!"

Desconcertado, confuso el prefecto, emplea la seduccion y la lisonja.

—¿Qué vais á hacer, les dice, por qué por una muerte prematura sacrificar tantos bellos años de esperanzas como os prometen aun los dioses? Unos guerreros valientes y distinguidos como vosotros, ¿podran resolverse á morir como viles criminales?

No obtiene nada con estas palabras el prefecto, y entonces hace desplegar ante la vista de los generosos defensores de la fe los instrumentos de la tortura. Igualmente insensibles á las súplicas que á las amenazas, desecharon las promesas, y desafiaron los tormentos.

La altivez de los adoradores de Cristo enfurece al juez, herido en su orgullo, no menor que su crueldad. Resuelto á hacer morir aquellos cuarenta cristianos, imagina si podrá descubrir algun suplicio que haga esta muerte aun mas horrorosa, y cree encontrarlo.

Era en el rigor del invierno, el frio era intensísimo aquel año en la Armenia, y elige el dia mas rigoroso del invierno, ordenando que fuesen espuestos desnudos durante la noche sobre un estanque helado que se hallaba á corta distancia de la ciudad. Despojáronse los mártires ellos mismos de sus vestidos, y se adelantaron osadamente hácia la muerte que los aguardaba, exhortándose unos á otros á perseverar hasta el fin, bendiciendo al Señor que habia querido elegirlos para dar este testimonio de su santo nombre, y pidiéndole con fervor que pues que habian entrado cuarenta en la lucha, no permitiese que uno solo dejase de recibir el premio; pero este voto no fué enteramente oido, porque el valor de uno de ellos no se sostuvo hasta el fin.

Un soldado que guardaba los cuarenta mártires, y á quien la violencia del frio habia forzado á buscar un abrigo en el lugar de los ejercicios que se hallaba inmediato al estanque, tenia tambien órden de observar si alguno de entre ellos daba señales de debilidad, en cuyo caso un baño caliente estaba allí preparado para recibir á los que implorasen perdon.

Uno solo sucumbió, y perdió por su cobardía la corona que estaba á punto de obtener. Salió del estanque, entró en el baño caliente, y la transicion rápida del frio al calor dió el castigo á su apostasía, porque fué tal la revolucion que obró en su sangre el cambio súbito de la temperatura, que espiró en el acto.

Esta corona que aquel acababa de perder, la ganó el soldado, quien admirándose del valor de los restantes, y viendo á los ángeles que descendian del cielo con las manos cargadas de coronas para distribuir á los mártires, escepto uno, lleno de admiracion se despoja de sus vestidos, y se

reune á los otros treinta y nueve mártires esclamando: "Soy cristiano." Al dia siguiente, conservando aún la mayor parte de ellos un resto de existencia, manda el prefecto Agricolao que los arrojen á todos en una hoguera, y allí fueron consumidos.

Algunos años antes, el 316, este mismo Agricolao habia hecho perecer á San Blas, obispo de Sebaste, y el ilustre San Nicolás, obispo de Mirra en la Licia, estaba tambien reservado para el martirio; pero no fué libertado de la prision en que se hallaba hacia mucho tiempo, sino despues de la victoria de Constantino sobre Licinio.

Instruido Licinio de que uno de sus mas hábiles generales, Teodoro, gobernador al mismo tiempo de una de sus provincias, profesaba la religion cristiana, le hizo cortar la cabeza en Heraclea del Ponto, capital de su gobierno.

No eran solos los cristianos los que tenian que quejarse de las persecuciones y arbitrariedades del gobierno de Licinio, todos los vicios le dominaban á este tirano: la impudicicia, la avaricia, la crueldad. Aquí mil vejaciones odiosas sobre el pueblo, allí violencias cometidas contra mugeres recomendables por su virtud y su rango; mas allá la destitucion de sus puestos de las primeras cabezas del Estado.

Este príncipe bárbaro llevó al olvido todo sentimiento de humanidad, hasta castigar la compasion de los infelices; así es que por una ley espresa sometió á penas muy graves á los que procurasen algun consuelo ó llevasen alimento á los presos.

Un príncipe de este carácter, que habia emprendido la destrccion del cristianismo, no se hallaba dispuesto á detenerse en su camino.

Tirano al igual de Magencio, despues de haber trabajado durante tres años se prepraba al principio del año 323 á dar el último golpe con un edicto de persecucion semejante á los de Diocleciano, ó mas rigoroso aún, cuando Constantino vino a poner término á tantos horrores.

Bastante insensato Licinio para atacar á Constantino, que diariamente le escribia para que evitase la persecucion con que oprimia á los adoradores del verdadero Dios, bajo el frívolo pretesto de que en sus guerras contra los bárbaros habia violado su territorio, emprende la guerra.

Constantino ponia siempre su principal confianza en el trofeo de la cruz, que hacia llevar á su cabeza; y quiso que le acompañasen en esta guerra los ministros sagrados y los obispos, á quienes miraba como los guardianes de su alma.

Licinio al contrario, redobla su celo por la idolatría; multiplica los sacrificios á los dioses; consulta los adivinos, los oráculos y los magos; hace de su querella una querella de religion, y juntando en un bosque sagrado los principales oficiales de sus tropas, mientras que por otro lado hacia correr la sangre de gran número de víctimas, declara que procurará vengar los dioses del imperio ultrajados, y que tomaba el éxito de esta guerra por árbitro, y por juez entre ellos y el Dios de Constantino.

Cree poder desafiar con tanta mas seguridad el cristianismo, cuanto que su ejército era mucho mas fuerte y numeroso que el de su adversario. La escuadra de Licinio se componia de cuatrocientos cincuenta buques de guerra, y su ejército de tierra de ciento cincuenta mil hombres de infantería, y ciento cuarenta mil caballos.

Apostó su escuadra á la entrada del Helesponto, y él marchó á Andrinópolis á la cabeza de su ejército.

Constantino sabia vencer, derrotó el ejército de tierra, destruyó la flota, pasó de Bisancio á Calcedonia, y venció por segunda vez á su rival cerca de Crisópolis.

De ciento treinta mil hombres que le quedaban, cien mil fueron prisioneros ó muertos; el resto se dispersó, y él mismo tuvo que huir á Nicomedia, no teniendo mas recurso que la dolorosa esperanza de postrarse á los piés de su vencedor y obtener de él la vida. Emplea para esto las súplicas de su muger, hermana de Constantino; no pedia mas que la vida, y le fué prometida á condicion de que renunciaria á todas sus pretensiones al imperio y que se entregaria á discrecion de su cuñado y vencedor.

Constantino llega á Nicomedia, á aquella ciudad en cuyo palacio se habia educado al lado del terrible Diocleciano, aquella ciudad donde habia comenzado la persecucion del cristianismo, y donde iba á terminar para siempre.

Licinio sale á su encuentro, despojado de la púrpura imperial; le llama su señor, su amo, y abraza sus rodillas.

Constantino le reitera la promesa que le habia hecho, y le envia á Tesalónica; pero no le deja allí gozar largamente de la vida que le habia concedido; y al año siguiente, acusado y convencido de haber mantenido inteligencias con los bárbaros, es estrangulado.

Su memoria fué condenada por una ley de Constantino, que le trata de tirano y que rompe todas sus ordenanzas.

Hemos visto estenderse la justicia de Dios sobre todos los perseguidores de su Iglesia; todos sucesivamente fueron subiendo al cadalso de su justicia, y el mundo todo quedó consagrado á una causa!

Constantino reina solo; la cruz triunfa; los soldados de Cristo habian combatido durante tres siglos, antes que los príncipes de la tierra se inclinasen delante de ella y doblegasen sus rodillas ante el Crucificado.

Constantino, dueño del mundo entero, habia tenido tiempo de estudiar las verdades importantes del cristianismo, y se propuso nada menos que sustituirle al paganismo.

Esta empresa gigantesca no podia menos de desconceptuarle con un número infinito de sus súbditos, y de alterar la base civil de la nacion; pero el emperador Constantino, despues de haber vencido sucesivamente á todos sus colegas, tenia el brazo bastante firme para contener á sus súbditos descontentos y para quebrar las viejas divinidades: contuvo á los unos, quebró las otras.

Tenia, por otra parte, una vasta inteligencia para inaugurar un culto nuevo, en medio de una multitud de cultos que se destruian los unos por los otros, y lo inauguró.

Once siglos se levantaban amenazadores delante de Constantino: Constantino los hundió dentro de la fosa donde yacia el cadáver de Licinio!

Sin embargo, no bastaba solo la benevolencia del emperador para servir eficazmente á la causa de la religion cristiana; era preciso una larga diversion al espíritu y á la opinion pública.

La division del imperio entre dos Augustos y dos Césares, habia habituado á los romanos á ver á sus príncipes soberanos tan pronto en Tréveris, tan pronto en Milan, tan pronto en Nicomedia.

Constantino pensó que la fundacion de una nueva ciudad, y de una ciudad lejana, seria el mejor auxiliar de estas innovaciones y de su política. Fija su eleccion sobre Bisancio, célebre ya antes de la era vulgar por el paso de Jenofonte, por las luchas que habia provocado entre los atenienses y los espartanos, y célebre, ademas, por la vigorosa resistencia que habia opuesto al emperador Severo. Estiende en todos sentidos las proporciones de esta ciudad, y hace de ella la sede del imperio.

Roma es donada al pontífice de los cristianos, comenzando para el vicario de Jesucristo el poder temporal que asegura su independencia; el poder temporal que ha sido un hecho constante en la historia desde entonces, que ha sido respetado por todos los conquistadores, y contra el que en vano se alza hoy una impotente revolucion!

La ciudad de Roma habia comenzado por antiguas ceremonias etruscas; Constantinopla comenzó por un pensamiento religioso y social enteramente nuevo. Para realizar la civilizacion que el cristianismo habia introducido, no habia otro partido que tomar sino sumirla en las piscinas bautismales, donde los hijos de Jesucristo se purificaban.

Noticia increible para los romanos fué el saber que iban á ser á su vez lo que tantos otros pueblos habian sido con respecto á ellos por muchos siglos, una especie de municipio; pero Dios habia hablado, las generaciones humanas no tenian mas que obedecer!

Así el cristianismo, que habia conquistado los pueblos, conquistaba los reyes á su vez; así aspiraba simple y fuerte á la monarquía universal.

Constantino acababa por primera vez de manifestar el plan estenso de la idea y del pensamiento que habia concebido para la religion de Jesucristo.

El senado y todos los que en las grandes ciudades contribuian á decidir las grandes medidas públicas, habian asociado sus simpatías á las del emperador al levantarle un arco de triunfo por la derrota de Magencio, como cediendo á la divinidad toda la grandeza de su genio.

De todas partes acuden á Constantino; en todas partes secundan sus planes. Destrúyense los antiguos templos y se reemplazan por iglesias; en todas partes se habitúan á la clemencia con los apóstoles de una religion que tanto habian maldecido, y que habian regado con arroyos de sangre.

Los pueblos en sus instintos son tan firmes y seguros cuando pueden obrar libremente, siguiendo el movimiento comenzado desde el trono, que despues de tantos siglos perdidos en las locuras idolátricas, entran á verlas desplegadas en los oceanos de la verdad.

Roma sola resistia..... Roma fué abandonada, y una brillante capital se alzó en el Oriente.

La religion nacional se cambió sin sacudimientos, sin revolucion alguna; el politeismo privado de aquel apoyo cayó por sí mismo, y sus débiles gemidos fueron sofocados por el grito universal de un ejército victorioso agrupado al rededor de la cruz.

La bandera de la libertad del mundo fué la cruz, antes signo de oprobio y de infamia. La cruz fué la vara de Moisés que ablanda la dureza de Faraon, y le sumerge en las ondas. En vano las potestades de la tierra se ligaron para sostener al mundo en servidumbre y proscribir la cruz. La cruz fué y será plantada sobre los palacios de las potestades de la tierra.

Esos discípulos, esos apóstoles, esas vírgenes tímidas que hemos visto desafiar heróicamente la muerte y los tormentos, la llevaron teñida en su sangre hasta los últimos confines de la tierra. La cruz prendió con hondas raices en ella, y la vemos brillar sobre la corona de los reyes, en lo alto de las torres, en medio de los caminos y de las plazas públicas: preside en los tribunales, en las asambleas de los legisladores, resplandece en el pecho de los valientes escapados al peligro de la guerra, forma el mas bello adorno en el cuello de las mugeres, protege la cabaña del pobre, tiene un lugar distinguido en los palacios de los poderosos, cubre el sepulcro de nuestros padres, cubrirá el nuestro, y resplandecerá triunfante en el último dia del juicio en manos de la víctima del Gólgotha, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo!!!

CAPITULO XX.

CONCLUSION.

Nosotros hemos visto en el curso de esta obra á la Iglesia de Cristo, pobre, perseguida, multiplicando sus prosélitos á pesar de todos los obstáculos; nosotros la hemos visto salir de la Judea sin recursos, sin autoridad, sin fuerzas, sin ciencia, establecerse por solo la virtud y la paciencia en los tormentos: calumniada por los judíos, así como por los sacer-